

Andrea Camilleri

UN NIDO
DE VÍBORAS

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



Título original: *Un covo di vipere*

Ilustración de la cubierta: Peter Zelei Images / Getty Images

Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-784-1

Depósito legal: B-4.847-2017

1ª edición, abril de 2017

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

UN NIDO
DE VÍBORAS

1

De la virginidad de la intrincada selva en la que, sin comerlo ni beberlo, habían acabado Livia y él no cabía la más mínima duda, porque una decena de metros atrás habían visto un letrero de madera clavado en el tronco de un árbol en el que, con letras grabadas a fuego, estaba escrito: «SELVA VIRGEN.» Parecían Adán y Eva, puesto que estaban los dos completamente desnudos y se cubrían las llamadas vergüenzas (las cuales, pensándolo bien, no tenían nada de vergonzoso) con las clásicas hojas de higuera, en este caso de plástico, que habían comprado en un tenderete de la entrada por un euro cada una. Como eran rígidas, molestaban un poco. Claro que lo que de verdad molestaba era andar descalzos.

Cuanto más avanzaba, más se convencía Montalbano de que ya había estado en aquel lugar en otra ocasión, pero ¿cuándo? Una cabeza de león divisada entre los árboles, que no eran árboles sino helechos gigantescos, le ofreció la explicación.

—Livia, ¿tú sabes dónde estamos?

—Claro que lo sé, en una selva virgen. ¿No has visto el letrero?

—Pero ¿es que se trata de una selva pintada!

—¿Cómo que pintada?

—¡Estamos dentro de *El sueño de Yadwigha*, el célebre cuadro del Aduanero Rousseau!

—¿Tú estás mal de la cabeza?

—Ya verás como tengo razón, dentro de poco vamos a tropezarnos con Yadwigha.

—¿Y tú de qué conoces a esa señora? —preguntó Livia, con la mosca detrás de la oreja.

En efecto, al poco rato se tropezaron con Yadwigha, la cual, al verlos, se quedó tan tranquila en el diván, tumbada cuan larga era, aunque se llevó el dedo índice a los labios para pedirles que guardaran silencio, y dijo:

—Está a punto de empezar.

En una rama se posó un pájaro, quizá un ruiseñor. Tras hacer una especie de reverencia a los visitantes, atacó *Il cielo in una stanza*.

El ruiseñor cantaba estupendamente, a las mil maravillas, haciendo modulaciones casi imposibles incluso para Mina, y estaba claro que improvisaba, pero con una fantasía de auténtico artista.

Entonces se oyó un golpe seco, luego otro y después un tercero más violento que los demás, y Montalbano se despertó.

Entre juramentos, comprendió que había estallado un fuerte temporal. Uno de esos que señalan la muerte del verano.

Pero ¿cómo era posible que en mitad de todo aquel estruendo siguiera oyendo, una vez despierto, al pájaro que cantaba *Il cielo in una stanza*? No podía ser.

Se levantó y miró la hora: eran las seis y media de la mañana. Se dirigió al porche, los silbidos procedían de allí. Y no se trataba de un pájaro, sino de un hombre que sabía silbar como un pájaro. Abrió la cristalera.

En el porche, tumbado en el suelo, había un individuo de unos cincuenta años mal vestido, con una chaqueta harapienta, una barba larga que le daba un aire a Moisés y una mata

enmarañada de pelo color ceniza. A su lado, una bolsa. Era un vagabundo, estaba claro.

En cuanto vio a Montalbano, se incorporó y preguntó:

—¿Lo he despertado? Lo lamento mucho. Me he metido aquí para guarecerme de la lluvia. Si le molesto, me voy.

—No, hombre, quédese —contestó Montalbano.

La forma de hablar de aquel hombre lo había sorprendido. Aparte de que se expresaba en un italiano perfecto, lo que lo había impresionado era su tono de voz educado.

Como le parecía mal cerrarle la cristalera en las narices, la dejó medio abierta y fue a hacer café.

Se había bebido el primer tazón cuando le entró una especie de remordimiento. Sirvió otro y se lo llevó a aquel hombre.

—¿Para mí? —preguntó él, desconcertado, levantándose.

—Sí.

—¡Gracias, gracias!

Mientras se deleitaba debajo de la ducha, se le ocurrió que aquel pobre individuo debía de llevar una eternidad sin lavarse. En cuanto acabó, volvió al porche. Llovía a mares.

—¿Quiere darse una ducha?

El vagabundo lo miró atónito.

—¿Lo dice en serio?

—En serio.

—No sueño con otra cosa, ¿sabe? Ni se imagina cuánta gratitud me merece.

No, aquel tipo hablaba demasiado bien para ser lo que aparentaba. Se agachó a recoger la bolsa y siguió al comisario. Si era una persona instruida, educada, ¿cómo había acabado así?

Cuando salió del baño, el hombre se había cambiado de camisa, aunque también ésa tenía los puños y el cuello roídos, como la anterior. Sonrió a Montalbano.

—Me siento rejuvenecido —confesó, y luego, haciendo un ademán de reverencia, añadió—: Encantado. Me llamo Savastano.

—Un placer. Montalbano —respondió el comisario, tendiéndole la mano.

El otro, antes de estrechársela, hizo un gesto instintivo: se pasó la palma por la pernera del pantalón, para limpiársela. Volvió a sonreír; le faltaba un incisivo.

—Lo conozco, ¿sabe? Una noche, en un bar, lo vi por la televisión.

—Mire —lo interrumpió Montalbano—, tengo que irme a comisaría.

El otro lo entendió al vuelo. Se agachó para coger la bolsa y salió al porche.

—¿Le molesta, comisario, si me quedo aquí hasta que escampe? Mi, digamos, residencia... queda a dos pasos, pero con esta lluvia... Usted cierre, por supuesto.

—Oiga, si quiere puedo llevarlo en coche.

—Gracias, pero le sería bastante difícil.

—¿Y eso?

—Vivo en una gruta en mitad de la costa, en la colina de marga que queda justo detrás de su casa.

Desde luego, estar en una gruta era mejor que dormir cubierto de cartones bajo las columnas del ayuntamiento.

—Entonces, quédese todo el tiempo que quiera. Hasta otra.

Sacó la cartera del bolsillo, cogió un billete de veinte euros y se lo tendió.

—No, gracias, ya ha hecho demasiado por mí —lo rechazó el otro, decidido.

Montalbano no insistió.

Al cerrar la cristalera, oyó que se había puesto a silbar otra vez.

La verdad era que se le daba muy bien. Casi tanto como al ruiseñor del sueño.

En cuanto pisó la comisaría, Catarella colgó el teléfono y exclamó:

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡*Pricisamente* estaba a punto de llamarlo a usted de usía a su propia casa!

—¿Qué ha pasado?

—¡Pues un *micidio!* ¡Fazio se ha marchado *in situ* ahora mismo! ¡Quería que fuera también usted de usía *in situ* consigo de él *in situ!* ¡Por ese motivo, y no por otro, estaba a puntito de llamarlo a su propia casa a primera hora de la mañana!

—Muy bien, ¿dónde ha sido?

—Me lo ha escrito en un papelito. Aquí está. Chalet Pariella, en el término de Tosacane.

—¿Y dónde está ese chalet Pariella?

—En el término de Tosacane, *dottori*.

—Sí, pero el término ¿dónde está?

—Ah, ni idea.

—A ver, me llamas a Fazio y me lo pasas.

Siguiendo las instrucciones del inspector jefe, llegó al chalet Mariella (que Catarella acertara un nombre ya lo daba por imposible). Le costó unos tres cuartos de hora porque había mucho tráfico y la lluvia, que continuaba cayendo en abundancia, obligaba a todo el mundo a ir más despacio.

El chalet, de dos plantas, estaba situado en primera línea de mar. La verja estaba abierta y Montalbano vio el coche patrulla en un garaje porticado, al lado de otros dos vehículos. Como no quería calarse hasta los huesos, porque seguía lloviendo a cántaros, entró también él con su coche y lo aparcó junto a los demás.

Estaba bajando cuando Fazio se asomó por la puerta.

—Buenos días, jefe.

—¿A ti te lo parecen?

—No, no. Es una forma de hablar.

—¿Qué ha pasado?

—Han matado al propietario del chalet, el perito mercantil Cosimo Barletta.

—¿Y a quién tenemos ahí dentro?

—A Gallo, al muerto y a su hijo, Arturo, que ha sido quien ha encontrado a su padre asesinado.

—¿Has avisado a todo el mundo?

—Sí, jefe. Hace cinco minutos.

Entró en la casa, seguido de Fazio.

En la primera estancia, bastante grande y utilizada claramente como comedor, estaban Gallo y un hombre de unos cuarenta años, un gafotas flaco y corriente (es decir, propietario de una de esas caras que se olvidan un segundo después de verlas), bien vestido, arreglado, que estaba fumándose un pitillo y que no parecía preocupado en absoluto por lo que le había sucedido a su padre.

—Soy Arturo Barletta.

—Perdone, ¿Mariella quién es?

El otro lo miró sorprendido.

—No sé... No sabría decirle...

—Disculpe, se lo he preguntado porque como el chalet se llama así...

Arturo Barletta se dio con la mano en la frente.

—¿Sabe? En momentos así uno no... Mariella era el nombre de mi pobre madre.

—¿Está muerta?

—Sí. Falleció hace cinco años. Un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Se ahogó en el mar. Debíó de encontrarse mal mientras nadaba. Fue justo aquí delante.

Montalbano miró a Fazio.

—¿Dónde está?

—En la cocina. Acompáñeme.

En la sala de estar había una escalera que llevaba al primer piso, así como una puerta a mano izquierda que daba a la cocina y otra a mano derecha que daba al baño.

La cocina era espaciosa y, por lo general, los habitantes del chalet debían de comer allí.

Estaba en perfecto orden, con la excepción de una taza volcada encima de la mesa, de la que se había derramado algo de café que manchaba el mantel.

Al difunto perito mercantil Cosimo Barletta lo habían matado mientras estaba sentado de través bebiéndose un café que el asesino no le había dejado terminar.

Un único disparo en la nuca, descerrajado a medio centímetro de distancia.

Casi una ejecución.

El impacto lo había hecho caer de la silla y el cadáver había quedado tirado en el suelo, de costado, con los pies debajo de la mesa. Para verle la cara, el comisario tuvo que tumbarse boca abajo; en cualquier caso, había poco que ver, porque la bala, que había entrado por detrás, había salido justo por encima de la nariz y se había llevado por delante un ojo y parte de la frente. Sin duda alguna, el asesino, a menos que hubiera sido un enano, había orientado el cañón un poco hacia arriba, porque en caso contrario la trayectoria habría sido distinta.

Aun así, en el suelo no había mucha sangre.

El comisario volvió al comedor. Arturo fumaba sin parar.

—Siéntese, por favor. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Estoy a su disposición.

—Me han dicho que ha encontrado usted a su padre asesinado.

—Sí.

—Cuénteme cómo ha sido.

—Yo vivo en Montelusa y...

—¿A qué se dedica?

—Trabajo de contable en una gran constructora, Primavera Siciliana. ¿La conoce?

—No. ¿Está casado?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—No.

—Continúe.

—Mi padre y yo hablábamos por teléfono todos los días. Anoche me llamó para avisarme de que vendría a dormir aquí, porque esta mañana quería poner orden en el chalet.

—¿En qué sentido?

—Bueno, ha terminado el verano, así que...

—¿En invierno no venía nunca?

—¡Claro que sí! Todos los sábados. Pero como últimamente había venido mi hermana con sus dos hijos, quizá lo habían desordenado un poco y mi padre, en cambio, era...

—¿Cómo se llama su hermana?

—Giovanna. Está casada con un representante de comercio y también vive en Montelusa.

—Continúe.

—Bueno, pues papá me llamó anoche y...

—¿A qué hora?

—Poco después de las nueve. Ya había cenado en su casa de Vigàta y...

—¿Había vuelto a casarse?

—No.

—¿Vivía solo?

—Sí.

—¿Cuántos años tenía?

—Sesenta y tres.

—Siga.

—¿Qué le estaba diciendo? Oiga, perdone, pero es que me interrumpe continuamente y entonces no puedo...

—Me estaba diciendo que su padre lo llamó después de las nueve.

—Ah, sí. Me dijo que iba a dormir aquí. Entonces yo le respondí que por la mañana vendría a ayudarlo.

—¿Con su mujer?

Arturo Barletta pareció un tanto cohibido.

—Mi padre con mi mujer no...

—Entendido. ¿Y entonces?

—Esta mañana he llegado a las ocho y...

—¿En coche?

—Sí. Es ese de color verde. El granate es el de mi padre.

La puerta estaba cerrada. He abierto con mi llave y...

—¿Su hermana también tiene llave?

—Sí, creo que sí.

—Y, al entrar, ¿no ha notado nada raro?

—No... Bueno, disculpe, sí.

—¿El qué?

—Que los postigos estaban cerrados y la luz, encendida.

Pero he dado por hecho que mi padre estaría aún dormido y que se habría olvidado de apagarla. He subido al primer piso y la cama estaba deshecha, pero no había ni rastro de él. Entonces he bajado, he entrado en la cocina y lo he visto.

—¿Qué ha hecho?

—No entiendo.

—¿Qué ha hecho? ¿Se ha puesto a gritar? ¿Ha corrido hasta su padre para ver si aún estaba vivo? ¿Alguna otra cosa?

—No recuerdo si he gritado, pero estoy seguro de no haberlo tocado.

—¿Por qué? A mí me parece una reacción instintiva.

—Sí, pero, mire, me ha bastado agacharme y verlo para... Ya no tenía cara, y al instante me he dado cuenta de que ya no...

—Dígame qué ha hecho.

—He salido corriendo de la cocina. No soportaba la... He venido aquí y los he llamado a ustedes.

—¿Con ese teléfono? —preguntó Montalbano, señalando el aparato que estaba encima de una mesita auxiliar.

—Sí.

—Me ha dicho que nada más entrar se ha fijado en que la luz estaba encendida. ¿Recuerda si la de la cocina también lo estaba?

—Me parece que sí.

—Tenía que estarlo por fuerza, puesto que los postigos aún siguen cerrados.

—Estaría encendida.

—¿Vamos arriba? —preguntó Montalbano a Fazio.

Subieron. En el piso superior había dos habitaciones de matrimonio, otra individual con literas y un baño. En la primera habitación de matrimonio, la cama estaba deshecha, como había dicho Arturo.

Sin embargo, se había olvidado de añadir que era evidente que en aquella cama habían dormido dos personas.

Los otros dos dormitorios estaban ordenados, pero en el baño las dos toallas grandes de rizo estaban todavía húmedas. Se habían duchado dos personas.

Bajaron otra vez al comedor.

—¿Su padre tenía una amante?

—No, que yo sepa.

—Pues resulta que esta noche alguien ha dormido con él. ¿No ha visto la cama?

—Sí, pero no le he dado importancia.

—Oiga, no se ofenda, pero la persona que ha dormido con él no tiene por qué haber sido necesariamente una mujer.

Arturo Barletta hizo un amago de sonrisa.

—A mi padre sólo le gustaban las mujeres.

—Pero ¡si acaba de decirme que no tenía ninguna amante!

—Porque he entendido que se refería a alguien fijo. Mi padre era... Vamos, que no dejaba pasar una, si podía. Y le gustaban jovencitas. Mi hermana se ha peleado con él muchas veces por ese motivo.

—¿A qué se dedicaba su padre?

Arturo Barletta titubeó ligeramente.

—A muchas cosas.

—Dígame alguna.

—Bueno... Tenía un almacén de madera al por mayor...

Participaba en la propiedad de un supermercado... Poseía una decena de pisos alquilados tanto en Vigàta como en Montelusa...

—Vamos, que era rico.

—Tenía una buena posición, diría yo.

—¿Le importaría echar un vistazo y decirme si falta algo?

—Ya lo he hecho mientras los esperaba. No me parece que falte nada.

—¿Tenía enemigos?

—Pues... no lo descartaría.

—¿Por qué?

—Mi padre tenía un carácter difícil. Y, cuando se trataba de hacer un negocio, no había quien le parase los pies.

—Entendido —contestó el comisario. Hizo una pausa y luego se dirigió a Fazio—: ¿Hay indicios de que hayan forzado la puerta o las ventanas?

—Ninguno, *dottore*.

—O sea, que habrá abierto mi padre —intervino Arturo. Montalbano lo miró, pensativo.

—¿Usted cree? También puede haber abierto la persona que ha dormido con él. Y tampoco hay que descartar la posibilidad de que el asesino tuviera llave.

El otro no replicó.

—Dele su dirección y la de su hermana a Fazio —pidió el comisario, y luego se volvió hacia el inspector jefe—: Yo vuelvo a comisaría. Quédate tú a esperar al fiscal y a los demás. Nos vemos luego. Adiós.

Llovía con más intensidad que antes.

2

—Mándame al *dottor* Augello —pidió el comisario al pasar delante de Catarella, que estaba en el cubículo que hacía las veces de recepción y centralita.

El telefonista se levantó de un brinco y se cuadró para contestar:

—No se encuentra *in situ*, *dottori*.

—Pero ¿ha hecho acto de presencia esta mañana?

—Ha hecho acto y lo ha deshecho enseguida, *dottori*, parecía un relámpago relampagueante y fulminante, en tanto en cuanto nada más llegar ha vuelto a irse. Más remedio no ha tenido.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que han *tilifoniado* aquí a la *cintralita* de la comisaría con el objetivo de pedir ayuda urgentísimamente con mucha urgencia, en tanto en cuanto estaba produciéndose una violación a una cecina.

—¿Estaban violando a una cecina?

—Eso mismo, *dottori*.

¿Cómo era posible eso?

—¿Tienes la grabación de la llamada?

—Naturalísimamente, *dottori*.

—Pues pónmela.

Catarella toqueteó las teclas y poco después se oyó la voz exaltada de una mujer mayor que llamaba porque estaba asistiendo a la violación de una vecina.

Eso tranquilizó en cierta medida al comisario, a pesar de que siempre le entraban ganas de matar a los violadores cuando los tenía a tiro.

Si se hubiera tratado en efecto de una violación a una cecina, eso habría significado que la humanidad estaba acelerando peligrosamente el viaje —emprendido con maestría ya tiempo atrás— hacia la locura más absoluta.

Entró en su despacho y se sentó, desanimado, delante del enorme montón de papeles que esperaba su firma encima de la mesa.

Se le ocurrió que, sin duda, la burocracia tan extendida por todo el mundo estaba contribuyendo a su fin: ¿cuántos miles de miles de bosques se habían talado, a lo largo de los años, con el único fin de fabricar el papel necesario para llevar a cabo esas prácticas burocráticas tan inútiles?

Encima, no contestar de inmediato a una carta de la Administración era aún peor, porque indefectiblemente mandarían otra de reclamación por el trámite que había quedado detenido. ¡Detenido! En cambio, si contestaba... ¿considerarían que el trámite se había evadido?

El mismo verbo que se utilizaba cuando alguien huía de la cárcel. En realidad, la burocracia podía compararse con un universo carcelario, una especie de inmenso campo de concentración. ¡Por eso un auténtico revolucionario como el Che Guevara le tenía tanta tirria!

Resignado, agarró el bolígrafo y la carpeta que estaba en lo alto del montón.

Hacia las doce, cuando ya se le había dormido el brazo de tanto firmar, le pidió a Catarella que llamara a Fazio al móvil.

—¿Dónde estás?

Antes de contestar, Fazio soltó un largo suspiro.

—Sigo aquí, en el chalet, jefe.

—¿Por qué está tardando tanto la cosa?

—Oiga, *dottore*?

—¡Sí, sí! ¿Qué pasa? ¿No me oyes bien?

—Espere un momento, que salgo. Aquí dentro no hay buena cobertura.

Era una excusa. Sin duda, no quería que lo oyeran las personas que tenía delante.

—Oiga, ¿jefe?

—Sí, dime.

—El fiscal Tommaseo ha llegado hace cinco minutos. Ha estampado el coche contra un surtidor de gasolina. Y, como resulta que se ha roto las gafas, después del surtidor le ha dado también a un camión con remolque que había allí aparcado.

Era bien sabido que Tommaseo, al volante, constituía un auténtico peligro público. Ni yendo a diez kilómetros por hora estaba garantizado que no fuera a darse un trompazo.

—¡Ni le digo las blasfemias y los insultos que ha soltado el *dottor* Pasquano, que ha tenido que esperarlo para poder levantar el cadáver!

—Oye, ¿Arturo Barletta te ha dado esos datos?

—Sí, señor.

—Llama a su hermana. Recuérdate el nombre...

—Giovanna.

—Dile que venga a comisaría hoy después de comer, a las cuatro.

Apenas había colgado cuando entró Mimì Augello, el subcomisario.

—¿Qué es esa historia de la violación?

—Una señora, una tal Assuntina Naccarato, ha visto desde su ventana que un individuo estaba tratando de forzar a una jovencita que lloraba desesperada en un dormitorio de la casa de enfrente y nos ha llamado.

—Por supuesto, has llegado tarde.

—Tardísimo. El tipo la había violado tranquilamente y ya se había largado. La chica, sin dejar de llorar, me ha dicho que no había podido reconocerlo porque era un negro al que no había visto en la vida y que se había colado en su casa aprovechando que la puerta se había quedado abierta.

—¿Has interrogado a la vecina?

—¿A la Naccarato? Claro.

—¿Y lo ha confirmado?

—¡Qué va! La señora Assuntina asegura que el violador no era en absoluto negro, sino blanco, y que además lo ha reconocido perfectísimamente.

—Explícate mejor.

—Según la señora Assuntina, se trataría... a ver cómo te lo digo, de una violación periódica.

—¿Cómo que periódica? —preguntó Montalbano, estupefacto.

—Ahora te lo cuento todo. Desde hace unos tres meses, el tío de la chica, el hermano de su padre, se presenta en esa casa todas las semanas cuando no hay nadie y se aprovecha de ella. Te advierto de que la pobre es medio tonta. Esta vez, sin embargo, se ha puesto hecha un basilisco y la señora Assuntina se ha sentido obligada a avisarnos.

—¿Y las veces anteriores por qué no nos llamó?

—Dice que no quería entrometerse, pero que en esta ocasión la chica se ha puesto como loca y entonces...

—Se ve que la moralidad de la señora Naccarato funciona según los decibelios. Aun así, parece raro, ¿no?

—¿El qué?

—Que el violador no fuera un inmigrante.

—¡¿Qué dices, hombre?!

—Si no lo digo yo. Precisamente ayer oía al director de un informativo de la tele afirmar que los italianos se equivocan al matar a golpes a un congoleño o al mandar al hospital a un chino, pero que, de todos modos, hay que tener en cuenta

que todas, y con la voz subrayó ese «todas», las violaciones a mujeres italianas son cosa de inmigrantes. ¿Qué te parece?

—Vamos, que en el informe tendré que poner que Antonio Sferlazza, que es como se llama el tío, es de origen magrebí lejano —contestó Augello.

—¿Lo has detenido?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el calabozo. Estoy esperando a que vengan a recogerlo de la cárcel de Montelusa. ¿Te lo traigo?

—Ni se te ocurra. Me entrarían ganas de saltarle los dientes a patadas.

Se fue a la *trattoria* de Enzo. Teniendo en cuenta que sin duda iba a seguir lloviendo hasta la noche y que, en consecuencia, no podría dar el habitual paseíto digestomeditativo por el muelle hasta el pie del faro, decidió comer poco.

—¿Qué le pongo?

—Enzo, quiero una cosa ligerita. Nada de primer plato. Tráeme...

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque mi señora ha preparado espaguetis con mejillones y almejas, y ha tenido la gran idea de echarles una pizca de guindilla u otro condimento que no me ha querido decir. ¿Me cree usted? ¡Un milagro!

—Tráemelos —replicó el comisario sin vacilar.

Al final, comió más de lo habitual.

Sin embargo, cuando salió de la *trattoria* se sintió mejor preparado para afrontar el resto de aquella jornada gris y lluviosa.

• • •